

Prólogo

El alma humana es un caleidoscopio formado por millones de diminutos espejos que reflejan un espectro de colores, dependiendo de cómo la luz incide sobre ellos. Tiene múltiples facetas y un potencial ilimitado, sin embargo, dentro de este intrincado palacio de espejos algunas superficies nunca tienen la oportunidad de brillar, pues permanecen en la oscuridad, ignoradas.

Quizá nunca alcancemos a atisbar nuestra capacidad de amar. Quizá nunca alcancemos la plenitud de nuestra floración. Pero algunas veces algo sucede en nuestras vidas que nos permite vislumbrar lo que podríamos llegar a ser si permitiéramos que la luz iluminara esas oscuras y secretas facetas de nuestra alma. Entonces comprendemos que tenemos alas y que siempre las hemos tenido.

En busca de la felicidad perfecta

PRIMERA PARTE

Deseo

1

Tu felicidad en la vida depende de la calidad de tus pensamientos.

En busca de la felicidad perfecta

Londres

Septiembre de 2008

En el lujoso cuarto de baño que Smallbone of Devizes le había diseñado, Angélica Lariviere se puso unas bragas reductoras y se contempló desde todos los ángulos en los espejos que recubrían tres paredes y la parte superior de los lavamanos gemelos. Sobre las pálidas repisas de mármol, las velas de Dyprique y las preciosas botellas de perfume aportaban un toque refinado. A Angélica le gustaban las cosas bonitas: el sol a través de una telaraña cubierta de rocío, la niebla sobre la quieta superficie del lago, el encanto anticuado de una araña de luces, los pájaros sobre el magnolio, el cielo estrellado, la luna llena, París, el perfume, las melancólicas notas de un chelo, la luz de las velas, la conmovedora melancolía de un brezal en invierno, la nieve. Como su imaginación era más exquisita que la realidad, vertía sus elaboradas ensoñaciones en libros de fantasía para niños, historias donde la vida no tenía límites y la belleza podía manifestarse a placer. Pero lo que más le gustaba era el amor, porque no hay nada más hermoso.

Se puso a meditar sobre el veloz paso del tiempo, y sus pensamientos la transportaron hasta aquel primer beso bajo una farola de la plaza de la Madeleine, en París. Olivier nunca volvería a be-

sarla de aquella manera, y ella no volvería a sentir aquella sensación embriagadora, un revoloteo de mariposas en el estómago. No era que Olivier ya no la besara, pero el beso de un marido no es como el de un amante. La magia del primer encuentro no se puede repetir. El matrimonio, los niños y la vida en común habían reforzado los lazos de afecto, pero al mismo tiempo les habían arrebatado algo de magia. Estaban tan acostumbrados el uno al otro como dos hermanos. Recordando la belleza del primer beso, Angélica sintió un arrebato de nostalgia y de tristeza, porque nunca volvería a experimentar un amor tan intenso.

El pequeño Joe, de ocho años, apareció en pijama, recién salido del baño, con las mejillas arboladas por el calor. Al ver a su madre, abrió los ojos de par en par con expresión de disgusto.

—¡Puaj! —exclamó—. ¡No irás a ponerte eso otra vez!

Angélica tomó su copa de vino y retorció entre los dedos un mechón de rubio cabello.

—Lo siento, cariño. Hoy necesito las bragas altas —le explicó mientras tomaba un sorbo helado de Sauvignon—. Tengo que elegir entre bragas altas o barriga, y ya he tomado la decisión.

—A papá tampoco le gustan.

—Es que a los hombres franceses les gusta la lencería bonita.

Recordó que tenía un cajón que ya no abría, repleto de exquisita lencería de Calvin Klein. Últimamente prefería las prendas de algodón de Marks & Spencer. Después de dos hijos y diez años de matrimonio ya no pretendía estar sexy; era una lástima. Se puso un vestido negro de Prada y, adoptando una pose coqueta, sonrió a su hijo.

—¿Mejor ahora?

—¡Bah!

Joe exhaló un profundo suspiro. Angélica se agachó para darle un beso.

—Hueles bien, mamá.

—Eso está mejor. Recuerda: si quieres tener éxito con las chicas, debes decíles que están guapas. Es un buen consejo para que un día te cases.

—No me casaré nunca. —Joe la abrazó y apoyó la cabeza en su hombro.

—Bueno, cambiarás de opinión cuando seas mayor.

—No, no cambiaré de opinión. Quiero quedarme contigo para siempre.

Los ojos de Angélica se humedecieron de emoción.

—Cariño, es lo más bonito que me has dicho nunca. Cómo voy a necesitar magia si te tengo a ti. Dame un abrazo de Joe Total.

—Con una risita, Joe le dio un abrazo de oso—. ¡Me encanta!

—¿Puedo ver ahora *Aunt Bully*?

—Puedes.

Joe cogió el mando y subió a la cama de sus padres. Desde allí llamó a su hermana para que viera la tele con él. Al momento se oyeron los pasos apresurados de Isabel, de seis años.

Angélica volvió a mirarse al espejo y se limpió con los dedos una manchita de rímel. Este niño romperá muchos corazones, se dijo. Dio un paso atrás para apreciar su aspecto. Nada mal, gracias a las bragas reductoras. De hecho, casi parecía delgada. Llevada por un acceso de entusiasmo, entró en el vestidor diseñado a medida y buscó el cinturón *vintage* que había comprado en el mercadillo de Portobello: negro, con una bonita hebilla dorada en forma de mariposa. Se lo colocó delante del espejo, se puso los zapatos negros de tacón de aguja y contempló satisfecha la transformación.

Isabel y Joe parloteaban en la cama, y estallaban en risas con esa espontaneidad propia de los niños pequeños. Se abrió la puerta y entró Olivier con la despreocupación del que se sabe amo y señor de la casa.

—¡Apesta a perfume! —Encendió las luces—. Los niños deberían estar en la cama.

—Y están en la cama, en la nuestra. —Angélica soltó una carcajada—. Hola, cariño.

Olivier frunció el ceño y apagó las velas de un soplo, convencido de que su mujer se olvidaría de hacerlo.

—Te has servido una copa de vino. A mí no me iría nada mal una copa.

—¿Has tenido un mal día?

—Es un momento difícil. —Olivier deshizo el nudo de su corbata—. El ambiente en la City es deprimente. —Entró en el vestidor y colgó su chaqueta de una percha—. ¿Has pasado por la tintorería a recoger mis cosas? Esta noche quiero ponerme la chaqueta de Gucci.

Angélica se ruborizó.

—Disculpa. Me olvidé.

—*Merde!* A veces me pregunto qué tienes en esa cabeza llena de serrín.

—Pues hay todo un mundo aquí, aparte del serrín. —Se tocó la sien con un gesto gracioso para quitarle importancia al comentario—. ¡Me pagan por tener imaginación!

—Puedes acordarte de esas tramas de novelas juveniles de fantasía, pero no de recoger mi ropa de la tintorería. Hace meses que te pedí que pasaras a recoger mis pantalones por la sastrería y todavía no te has acordado. ¡Si tuvieras que hacer mi trabajo, nos encontraríamos en la ruina!

—Por eso precisamente no tengo tu trabajo. Escucha, lo siento.

—No te disculpes. Está claro que no soy lo primero para ti.

—Cariño, no te enfades, por favor. Hoy salimos a cenar, lo pasaremos bien. Te olvidarás de la City y de tu chaqueta de Gucci. —Se acercó a su marido por detrás y le abrazó—. Ya sabes que para mí eres lo primero.

—Entonces sé buena: prepárame una copa y mete a los niños en la cama. Las vacaciones de verano son demasiado largas, ¿cuándo vuelven al cole?

—El jueves.

—Ya era hora —dijo con un resoplido. Se quitó los pantalones y los colgó con cuidado. Era un hombre extremadamente ordenado—. Voy a darme una ducha.

—¿Qué tal estoy?

Olivier estaba quitando de su camisa los gemelos con escudo dorado. Levantó la vista hacia ella.

—¿Por qué te pones el cinturón?

—Está de moda, cariño.

—Pero ¿por qué quieres destacar la parte más ancha de tu anatomía?

Angélica se quedó sin habla.

—¿La parte más ancha de mi anatomía?

Olivier ahogó una carcajada y le estampó un beso en el cuello.

—Tú siempre estás guapa.

Dicho esto, se quitó la camisa y guardó los gemelos dentro de una caja de cuero que dejó encima del galán de noche. Olivier no era muy alto ni muy corpulento, pero Angélica decidió que era un hombre atractivo. Se mantenía en forma jugando partidos de tenis en el Queen's Club, y cuando alguno de los otros no podía jugar se iba a correr a Hyde Park. Era un gallo típico, con el rostro enmarcado por un pelo oscuro y ondulado y una piel olivácea que no palidecía ni en invierno. Su larga nariz imprimía un aire aristocrático a sus facciones regulares, y sus ojos de un azul intenso contrastaban con las espesas pestañas. Pero lo primero que le atrajo de él fue su sonrisa un poco ladeada, aunque últimamente costaba mucho verlo sonreír. Olivier sabía vestir con el estilo de un auténtico parisino: ponía especial atención en los zapatos, siempre relucientes, y en los trajes, de corte impecable. No había duda de que le importaba la apariencia. Le gustaba tener buen aspecto —no escatimaba dinero en Turnbull & Asser o en Gucci— y quería que su esposa también estuviera elegante.

Consiguió acostar a los niños con ayuda de Sunny, la empleada del hogar, y le preparó un whisky con hielo a Olivier, que salió de la ducha oliendo a sándalo y ni siquiera se apercibió de que ella se había quitado el cinturón y lo había guardado en el cajón, no sin tristeza. Aunque Scarlet era una de sus mejores amigas, ya no tenía ganas de ir a la cena; se sentía como un saco de patatas.

Cuando cogía el bolso para marcharse, su móvil avisó de la

llegada de un mensaje. «Ven por favor. Te necesito. Bsos. Kate.» Se le encogió el corazón. ¡Kate volvía a tener problemas! Miró la hora. Su amiga vivía en Thurloe Square, de camino a Chelsea, donde estaba la casa de Scarlet. Si se daba prisa podía llegar en taxi y encontrarse más tarde con Olivier en la cena.

Por supuesto, a su marido no le gustó la idea. Exhaló un suspiro de exasperación y exclamó, martilleando cada sílaba para enfatizar su enfado:

—¡Es la reina del drama! Y tú acudes como si fueras su dama de honor. ¿No te das cuenta de que necesita dramas para su papel de reina?

—Está histérica por algo, y es una mujer frágil.

—Siempre está histérica.

—No es culpa suya que Peter tenga una amante.

—Lo comprendo perfectamente. Si yo estuviera casado con Kate, también me buscaría una amante.

—Espero que esto no sea una amenaza.

—No es ninguna amenaza, ángel mío. Me gusta incluso el hecho de que seamos tan diferentes. Es bueno para mi espíritu. Yo soy materialista y tú eres etérea. —Satisfecho con su análisis, soltó una carcajada—. De acuerdo, nos encontraremos allí. Pero no llegues más tarde de las ocho y media. Diré que tienes que ocuparte de una crisis. ¡Y seguro que la otra dama de honor lo entenderá! —Se refería a Scarlet—. Pero no querrá que llegues tarde a la cena.

Cuando salía del dormitorio, Olivier la llamó con tono impaciente.

—¡Ángel mío, no creo que puedas pagar el taxi si no te llevas el monedero!

Volvió a entrar, recogió apresuradamente sus cosas y salió de casa. En Kensington Church Street se echó el chal sobre los hombros y subió a un taxi. Era una noche fresca para septiembre. Anocheecía más temprano y el cielo estaba cubierto de espesas nubes grises. Las hojas de los árboles empezaban a amarillear. Había comenzado el curso escolar, y en las calles se notaba el bullicio de los

que habían vuelto de vacaciones. El tráfico también era más intenso, y frente a Kensington Palace se convertía casi en un atasco. Angélica se alegró de ir en la dirección opuesta.

El taxista interrumpió sus pensamientos con comentarios de fastidio acerca del mal tiempo y el verano tan lluvioso —otra vez— que habían sufrido en Londres.

—Es el calentamiento global —dijo pesaroso—, pero por lo menos Boris es el nuevo alcalde y está claro que Cameron barrerá a Brown, así que no todo está mal.

El taxi la dejó frente a la casa de Kate, una mansión independiente con un pequeño espacio ajardinado. La puerta, flanqueada por dos laureles que parecían guardar la entrada, estaba pintada de un rosa intenso. Del interior llegaba el sonido de voces y la música de *Mamma Mia*. Angélica pulsó el timbre y atisbó el interior, pero las cortinas eran demasiado gruesas. Se le ocurrió que tal vez el mensaje era antiguo y estaba a punto de interrumpir una fiesta.

La puerta se abrió finalmente y apareció Kate con una túnica estampada. Llevaba una botella de Chardonnay en una mano y un cigarrillo en la otra. Con el rostro enrojecido y surcado de lágrimas, el rímel corrido y el pelo castaño en punta tras el pañuelo de Hermès que se había anudado a modo de cinta, era la viva estampa de una niña con un enorme disgusto.

—Oh, gracias por venir. Eres una buena amiga.

Pero no era la única. Letizia y Candace estaban sentadas en el salón, y parecían tan sorprendidas como la propia Angélica.

Saludó a Letizia, que la envolvió en una nube de Fracas.

—¿Qué está pasando aquí? —le susurró entre dientes.

—No estoy segura, querida —respondió Letizia. Su acento italiano vestía cada palabra de un seductor ronroneo—. Sé lo mismo que tú.

—¿Dónde están los niños?

—Con la madre de Kate.

—¿Y Pete?

—En Moscú.

—Qué suerte tiene.

—*Esatto*, querida. A ningún hombre le gusta ver llorar a una mujer, en particular si llora por su causa.

—Te preparo una copa —ofreció Kate, que deambulaba con cierta torpeza por el salón.

Angélica se dejó caer en una butaca.

—Si llego a saber que estáis vosotras, no vengo. Olivier se pondrá furioso si llego tarde a la cena.

Candace levantó una ceja perfectamente depilada.

—¿Eso te parece grave? Yo tenía que estar en el teatro.

—Eres muy buena con ella —dijo Letizia.

—¡No, soy una gilipollas! —Candace era neoyorquina, y no se cortaba con el lenguaje—. Le he mandado un SMS a Harry diciéndole que nos veríamos en el intermedio. Se ha puesto tan furioso que no me ha contestado. Si sigo así, pedirá el divorcio.

—Está muy delgada, como si llevara semanas sin probar hidratos de carbono —dijo Letizia, dirigiendo sus ojos verdes hacia la entrada—. La verdad es que estoy un poco celosa.

—Es la tristeza —bromeó Candace—. Deberían venderla en las farmacias.

—¿Creéis que Pete la ha abandonado? —preguntó Angélica.

—¡Pues claro que no! Son incapaces de vivir el uno sin el otro. Y se hacen igual de infelices el uno al otro. —Candace contempló con impaciencia sus bonitas uñas pintadas de rosa—. ¿Qué estará haciendo ahí dentro? ¿Está pisando las uvas?

—Tengo la impresión de que será una noche muy larga —suspiró Letizia.

Kate apareció finalmente con la botella de vino.

—No encontraba el sacacorchos —explicó con una risita—. Os preguntaréis —añadió, tras dar una calada al cigarrillo— por qué estáis aquí.

—¿Acaso es tu cumpleaños y lo habíamos olvidado?

Letizia dirigió a Candace una mirada de reproche y palmeó el sofá, invitando a Kate a sentarse.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con ternura.

Kate suspiró y tomó asiento. Candace le quitó la botella de las manos y la abrió.

—Creo que necesito una copa —dijo.

—Me he retrasado —anunció Kate.

—Cariño, todas vamos con retraso —dijo Candace.

—No me refiero a llegar tarde al teatro, quiero decir retraso de verdad. —Kate dirigió a sus amigas una mirada cargada de significado.

—Oh, te refieres a eso —dijo Candace—. ¡Pues menuda sorpresa! Pensaba que estabais a matar, y resulta que os habéis acercado mucho.

—¿Has hecho el test? —preguntó Angélica.

—No, y por eso os he invitado. Necesito apoyo moral para hacerlo.

—Entonces, ¿no te has hecho la prueba? —Angélica se sintió molesta. Si la prueba daba un resultado negativo, ¿qué sentido tenía que las hubiera arrastrado hasta allí?

—Vale, vas a tener un niño. ¿Qué tiene de malo? —preguntó Candace mientras se servía una copa de vino.

—Claro, otro niño os ayudará a acercaros el uno al otro. No hay nada más romántico, cariño —susurró Letizia, queriendo animarla.

Kate negó con la cabeza. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—En este caso no es así —dijo mordiéndose el labio inferior—. Si estoy embarazada, no sé quién es el padre.

—¿Me he perdido algo? —Candace estaba estupefacta.

—No eres la única que tiene esa sensación —comentó Angélica.

Las tres mujeres posaron su mirada en Kate.

—Tuve una relación de una sola noche. Fue una equivocación. Pete estaba con la Haggis, y yo estaba desesperada. Soy una idiota, miradme, estoy hecha un desastre. Y pensar que soy modelo. Nadie me daría trabajo, excepto esas horribles agencias.

—¿Con este aspecto? —bromeó con dulzura Candace—. Creo que tendrías suerte si consiguieras cualquier tipo de trabajo.

—Sólo fue una noche, y ahora me castigarán para el resto de mi vida.

—¿Quién es él?

—No puedo decíroslo. Me siento demasiado avergonzada.

Angélica entornó los ojos mientras repasaba mentalmente posibles candidatos. Letizia pasó el brazo sobre el flaco hombro de Kate y con un cariñoso abrazo la envolvió en una nube de perfume.

Candace miró su reloj.

—No quiero ser maleducada, pero Jeremy Irons no me esperará para empezar el segundo acto. ¿Podemos seguir, por favor?

—Lo siento, Candace, sé que has hecho un esfuerzo por mí. —Kate se incorporó, preparándose para el momento de la verdad.

—¿Tienes todo el equipo? —preguntó Letizia—. No hay mejor momento que el ahora.

Kate señaló cuatro cajas sobre una mesita auxiliar.

—Por si acaso..., ya sabéis.

—Claro, siempre dicen mentiras. —Candace se levantó para coger las cajas—. Vamos, Kate, tenemos que ir al baño.

Letizia fue a buscar un vaso a la cocina. Candace le entregó a Kate las cajas para el test de orina. Angélica la ayudó a subir las escaleras y la metió en el baño junto a su habitación.

—¡Adelante, Kate! Hazlo lo mejor que puedas —exclamó Candace. Acto seguido se lanzó sobre la gigantesca cama con molduras de madera y acarició el suave cubrecama afelpado—. Qué bonito.

—¿De quién será? —susurró Angélica.

—Parece Ralph Lauren —respondió Candace.

—No me refiero al cubrecama, sino al niño.

—Oh, vaya...

—¿De Robbie? —sugirió Letizia.

—¿Qué Robbie?

—¡Su entrenador personal!

—Oh, no. Es demasiado típico. De ser él, nos lo habría dicho.

—Candace descartó la posibilidad con un gesto—. Tiene que ser alguien que todas conocemos. Uno de los nuestros.

Desde el cuarto de baño llegó la voz quejosa de Kate.

—¡No puedo hacer pipí! ¡Estoy muy nerviosa!

—Abre el grifo —sugirió Letizia.

—Si se trata de una falsa alarma, la mato —dijo Candace.

Angélica miró la hora.

—Si Olivier llega primero, no te hará falta. Son las ocho y media.

—¿Ya te sale?

Hubo una larga pausa, y finalmente un chillido.

—¡Ahora no puedo parar! ¡Ayudadme, el vaso es demasiado pequeño!

Las tres se limitaron a esperar, sin pronunciar palabra. Kate entreabrió la puerta y asomó la cabeza.

—¿Seguís ahí?

—Claro que seguimos aquí. ¡No tenemos nada más que hacer! —exclamó Candace.

—Bueno, dinos —pidió Letizia, nerviosa—. ¿Cuál es el resultado?

—No he hecho nada todavía. Estoy demasiado asustada. —Kate salió del baño con el vaso en la mano.

—¡Por Dios! Eso es demasiada información para mí. —Candace se tapó los ojos.

—Tenéis que hacer todas la prueba conmigo —insistió Kate, y entregó una caja a cada una.

—¡Es una locura! —A pesar de todo, Candace abrió su caja.

Letizia arrojó la suya vacía sobre la cama.

—Estoy segura de que el test saldrá negativo. ¿Cómo se sabe el resultado?

—Pero ¿de dónde sales? Tiene que aparecer una rayita azul —dijo Candace—. Y por favor, echa un vistazo por mí.

—Esto me trae recuerdos de años atrás. —Angélica contempló la varilla con nostalgia—. Ojalá hubiera tenido otro bebé.

—Puedes quedarte con el mío —gruñó Kate.

—No digas eso, cariño. A lo mejor ni siquiera estás embarazada. —Letizia era optimista por naturaleza.

—Venga, probemos ahora todas a la vez —propuso Angélica.

—Oh, Dios mío, ¿y no puedo hacerlo con los ojos cerrados? —preguntó Candace.

—Estás más nerviosa que yo misma —dijo Kate.

—Eso es imposible —respondió Candace.

Las cuatro mojaron las varillas en la orina de Kate.

—Voy a vomitar —gimió la anfitriona.

—¿Dices que vas a vomitar? ¡Pero sí es tu orina! —protestó Candace con una mueca de disgusto.

Angélica extrajo su varilla y se quedó observando mientras la ventanita se teñía de azul. Una oleada de compasión inundó su pecho.

—Pero el niño es tuyo, Kate —dijo en voz baja.

Todas miraron sus resultados, y después miraron a la embarazada.

—¿Algún resultado negativo? —preguntó Letizia, esperanzada. Las demás dijeron que no con la cabeza. Kate se derrumbó sobre la cama.

—¡Mierda! ¿Qué voy a hacer ahora?

—¿Qué quieres hacer? —Letizia se sentó junto a ella y de nuevo le pasó el brazo por encima del hombro.

Kate se puso a llorar.

—No tenéis ni idea de lo mucho que he trabajado para tener esta tripa —exclamó—. Ahora no podré fumar ni un maldito cigarrillo ni beber un maldito vaso de vino. ¡Mejor sería que entrara en un convento!

—Ya es un poco tarde para eso —dijo Candace.

Kate posó la mano sobre su tripa.

—Si por lo menos estuviera segura de que es de Pete, no sería

tan malo, ¿no? Pero ¿y si no es de Pete? Quiero decir..., se dará cuenta. Los hombres siempre lo saben, Los bebés siempre se parecen a sus padres, ¿no?

—No siempre —comentó Letizia.

—Oh, claro, siempre se parecen a sus papás. De esta forma no se los comen —soltó Candace.

Angélica pensó que iba a llegar muy tarde a la cena.

—No es preciso que tomes una decisión ahora mismo —propuso—. Puedes dejarlo reposar un par de días.

Kate contempló el vestido de Angélica con ojos llorosos e hinchados.

—Te iría bien un cinturón —dijo con un hipido.

—Me puse uno, y Olivier comentó que estaba resaltando la parte más ancha de mi anatomía.

La respuesta hizo que Kate se olvidara por un momento de sus problemas.

—¿En serio dijo eso?

—Espero que le cortaras las pelotas —dijo Candace.

—No, me quité el cinturón.

—¡Menuda bobalicona! ¿Qué eres, un felpudo? —Candace soltó una alegre risotada—. ¿Qué vamos a hacer contigo?

—Creo que necesito un cuerpo nuevo.

Letizia suspiró.

—No, querida, sólo necesitas un nuevo marido.

A trompicones, Kate se acercó a la cómoda y extrajo un cinturón de uno de los cajones. Se lo colocó a Angélica en la cintura.

—No discutas conmigo, soy peligrosa cuando voy bebida. Diga lo que diga Olivier, ésta no es tu parte más ancha. ¡Estás guapísima!

—Es cierto —asintió Letizia—. Olivier debería sentirse avergonzado. Y tú tendrías que haberte casado con un italiano, les encantan las mujeres con curvas.

—La parte más ancha de tu anatomía..., ¡menudo idiota! Tiene un ego tan ancho que apenas le cabe por la puerta. Díselo cuando

lo veas, a ver si le gusta. —Candace le dedicó una afectuosa sonrisa—. Los dejarás a todos con la boca abierta.

—Ahora que ya hemos arreglado este tema, volvamos a lo mío —sugirió Kate.

Candace la envolvió en un abrazo.

—Angélica tiene razón. Piénsalo un par de días. Llámame mañana temprano. Letizia te ayudará a acostarte.

—¿Os marcháis ya? —preguntó Kate con una vocecita asustada.

—Yo me quedo contigo. —Letizia dio un paso adelante, consciente de su deber.

Con un gesto, Candace le indicó a Angélica que se apresurara.

—Vamos, cariño, nos tenemos que ir.

Angélica abrazó a Kate, que parecía tan dolida como una niña pequeña en su primer día de internado.

—Te llamaré por la mañana... si sigo con vida.

—Muchas gracias a las dos por venir. Agradezco mucho vuestro apoyo.

Candace bajó a toda prisa las escaleras.

—¡Ya lo sé, y te aseguro que esperamos que nos lo premien en el cielo! Toneladas de bolsos de Birkin y de zapatos de Loubotin... en todos los colores.

Angélica soltó un suspiro en cuanto salieron a la calle.

—¡Menudo problema!

—Esta vez sí que es un problema —dijo—. ¿Adónde tienes que ir?

—A Cadogan Square.

—Te llevo.

Le hizo un gesto a su chófer, y el Mercedes de un negro brillante se acercó.

—Pero llegas tarde al teatro.

—Diré que me quedé en las filas de atrás. ¿Qué más da? De todas formas ya está furioso. Y la verdad es que ya he tenido suficiente teatro por una noche.

—¿Crees que está haciendo teatro?

—Toda su vida es una obra de teatro, bendita sea. Y la queremos mucho, ¿verdad?

Ya se habían subido al coche cuando se abrió la puerta de la casa de Kate y apareció Letizia agitando un bolso.

—Oh, Dios mío. Otra vez no —suspiró Angélica.

—Si no llevaras la cabeza sobre los hombros, te la irías dejando por todas partes —dijo Candace.

—Pareces Olivier.

—No, cariño. Olivier no piensa que tengas cabeza.